

El día del perro

Caroline Lamarche

colección notraslatitudes

El día del perro

Caroline Lamarche

Traducción de
Blanca Gago

Nórdicalibros
2020

Título original: *Le jour du chien*

© 1996 by Les Éditions de Minuit

© De la traducción: Blanca Gago

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación, 24, bajo P CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: enero de 2020

[Publicada originalmente en Ediciones Bassarai, 2006]

ISBN: 978-84-18067-18-1

Depósito Legal: M-39863-2019

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Cofás

(Móstoles)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Texto contracubierta: Kepa Murua [Ed. Bassarai, 2006]

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Al perro que, de pronto, apareció en la autopista E411
el 20 de marzo de 1995.*

*«El perro —dijo ella—, el perro que hemos dejado.
No consigo olvidarme de ese pobre perro».
La sinceridad de su pena me sorprendió porque
nosotros nunca habíamos tenido perro.*

VLADIMIR NABOKOV

HISTORIA DE UN CAMIONERO

Los del *Journal des Familles* deben de estar contentos por haber recibido una carta de un camionero. Seguro que no les ocurre muy a menudo. He escrito: «El otro día, en la autopista, un perro abandonado corría por la mediana. Eso es muy peligroso, podría haber creado un accidente mortal». Luego pensé, después de haberlo escrito, que quizá *crear* no era la palabra exacta, pero la dejé porque no encontré otra mejor, y porque crear es mi curro, aunque añadí: «Curro de camionero». Después dije que los perros abandonados eran un gran problema, que no era la primera vez que veía algo así, y quería dejar constancia de ello, no solo para que los lectores se dieran cuenta, sino también por mis hijos, para que sepan que un camionero puede ver más cosas en la vida que un tipo que no sale de la oficina, y tiene cosas que decir, aunque nunca haya estudiado. Por ejemplo, escribí, cuando salgo por las mañanas con el camión, como no tengo nada que hacer más que observar, me doy cuenta de cualquier anomalía, y lo explico. Lo explico cuando puedo, cuando encuentro a gente que tiene ganas de escuchar, lo cual no es muy

frecuente porque en las áreas de servicio donde paramos nadie dice gran cosa, por el cansancio. Y además yo, por naturaleza, no suelo hablar mucho. Y apenas veo a mis hijos. Menos mal que su madre se ocupa de ellos, es un ángel. Pero yo, cuando ya esté jubilado y ellos vayan a la universidad, tendré que contarles cosas, si no, me mirarán por encima del hombro, como todos los hijos miran a sus padres; no pretendo que nuestra familia sea una excepción, aunque ellos vayan a estudiar lo que yo nunca pude, precisamente a causa de mis padres.

Escribí, y esperé la respuesta. Escribo a los periódicos con frecuencia y, en general, les gusta que un hombre que normalmente nunca tiene nada que decir tenga, precisamente, algo que decir. Por ejemplo, cuando salgo por las mañanas, me mantengo muy atento y observador, y veo que la ventana de una casa vecina está siempre abierta a esa hora. Entonces pienso: «¡Vaya!, ese que vive ahí también madruga». Y entonces un día resulta que hay una funda de almohada puesta a secar, sobre el tejado, y me digo: «Así que se ha mojado, o ensuciado, por la noche, así que hay un niño que ha vomitado» —y de repente pienso en mi hijo, o en mis hijos, depende del día, que a veces también se ponen malos, como todo el mundo, por haber comido demasiado, o por no tener ganas de ir a la escuela, ya se sabe—.

Cuando se me ocurre una idea nueva, escribo a otra revista, *Femme moderne*, por ejemplo, que mi hijo

vomita cada mañana antes de salir para la escuela, qué es lo que se puede hacer, y que mi mujer no se atreve a decírselo a nadie, pero yo me tomo la libertad de escribir y espero que me contesten. Entonces me contestan, muy contentos, dicen que probablemente hay un psicólogo en la escuela de mi hijo al que puedo pedir consejo, o quizá se trata de una falta de comunicación en la familia, en fin, una dificultad —utilizan las palabras con cuidado para no hacerte sentir culpable—, una dificultad con respecto a la cual habría que intentar que hablara el niño, de una forma amable, por ejemplo empezar a explicarle mi día en el trabajo, lo que he visto en el camión, la almohada en la ventana, es muy buena idea, señor, es usted muy observador, tiene que aprovecharlo, y explicar lo de la almohada en la ventana, y luego preguntar a su hijo qué le parece, si cree que ahí hay otro niño que vomita antes de ir a la escuela y por qué. Y su hijo, al imaginar —es la palabra que escriben— la vida de otro, empezará a hablar de sí mismo. Eso es. Y usted, además de su curro de camionero, habrá hecho su «curro de padre» —escriben *curro*, porque yo dije «curro de camionero», ser padre puede ser un curro, y no solo un «trabajo» para gente con traje y zapatos relucientes—.

Todo podría ser un curro. Incluso crear. Porque yo no tengo hijos, y mi mujer se marchó. Puede que al perro también lo haya creado yo, pero paré el camión, salí de la cabina y empecé a pedir ayuda a la gente para que

fuera más despacio, y ellos, dócilmente, aunque circulaban a ciento veinte o ciento cuarenta, frenaban, pensaban que era un accidente, un poco más lejos —a los camioneros se nos respeta, al menos cuando estamos dentro del camión o al lado—. Así que reducían, quizá por un perro imaginario, o por un accidente creado, pero yo creo que vi al perro correr como un loco por la mediana. No era más que una observación como la funda de la almohada sobre el tejado, pero hice lo que debía, detuve el camión. La multitud de coches frenó por mí, y al fin pude ver los rostros que nunca veo porque suelen pasar demasiado rápido. Esos rostros me miraban extrañados, me daban las gracias con un gesto, y alguno bajaba la ventanilla y preguntaba: «¿Qué pasa?». No siempre me daba tiempo a responder, o decía: «¡Un perro!». Cuando grité «¡un perro!» por primera vez me entraron, de repente, ganas de llorar delante de todo el mundo, o de tirarme al suelo y rodar por entre las ruedas de los coches.

Por eso escribí al *Journal des Familles*. Por esas ganas de llorar que me entraron delante de la gente. Pensé que necesitaba hablar de mis hijos —aunque no existieran—, de su pena al oír la historia del perro, y de cuánto me gustaría decir a todo el mundo que desentenderse de los animales es como fomentar la esclavitud, tan grave como eso, simplemente los perros y los caballos, las vacas y los pollos han reemplazado a los esclavos. Además —pero esto ya voy a

escribirlo en la revista *Claire Nature*— me he hecho vegetariano, desde la época en que tenía que salir a la una de la madrugada para llegar a Rungis y comprar carne, nada más que eso, carne y ya está. Los lectores de *Claire Nature* deben saber lo que es un almacén de carne, un matadero, tendría que haber visitas organizadas, que empezaran por la fachada, los puestos de las carnicerías, donde se encuentra muy barata la mejor carne de la ciudad, y las charcuterías más buenas, como Casa Lisette o El Buen Bistec, y que luego entraran por detrás, al patio, y allí se encontrarán a los animales balando, mugiendo, en una especie de última reunión familiar donde se estiran las patas y se parpadea mucho al salir del camión, y en un rincón hay un montón de vísceras humeantes, y ahí es cuando la mirada de algunos animales empieza a cambiar, y los hay que se quedan inmóviles, como clavados en el suelo, así que tienen que picarlos con un gancho muy largo para que se muevan. Lo que viene después es el corredor de la muerte. Muy estrecho, solo pueden meter a los animales de uno en uno y, a cada lado de la pared, dos hombres agitan los ganchos para que todo sea más rápido. Las terneras son las que más se asustan. Han estado inmóviles durante meses para producir una carne blanca muy tierna, y ahora, que han llegado al corredor de la muerte les piden que corran, por primera y última vez en su corta vida. He visto a algunas saltar hasta una altura increíble, y a

otras chocar violentamente contra la pared; esas bestias gordotas, de piel suave, que en su vida no han hecho más que beber, inmóviles, la leche enriquecida siempre a mano; el único esfuerzo consistía en alcanzar, al otro lado del tabique, el morro del vecino, para lamerlo como si fueran las ubres de la madre. El corredor de la muerte está oscuro como el establo, pero aquí los ojos brillan, los de los animales y los de los hombres, todos ellos reflejan una luz única: la que alumbra, al final del túnel, el lugar donde se mata. Yo nunca he llegado hasta ahí. Simplemente he aprendido que, en el túnel, los animales saben que es el fin, lo llevan escrito en los ojos tan claramente como el vómito en una funda de almohada, solo hay que observar, pero los carniceros nunca observan nada, aunque algunos también tienen hijos, hijos que no son imaginarios, sino que han tenido con sus mujeres, hijos que les sacarán los ojos porque un día querrán ir a la universidad, y que, indudablemente, un día se harán vegetarianos.

A mí me abandonaron mis padres. En cierto sentido, eso facilita las cosas, quiero decir que no necesito escribir como si fuera un hijo desgraciado, como los de *Ado* o *Teens*. No tengo nada que decir sobre esas revistas, y nada que crear, no sé por qué. Solo leo las historias de los jóvenes que se quejan porque sus padres no los dejen fumar, o salir, o abandonar los estudios, o tener un coche, o pasar la noche entera con la novia. He pensa-

do alguna vez en escribir, pero solo podría decir: «Mis padres me abandonaron». Y ya está. Porque una vez hecho, ¿dónde está el problema? Ya no hay. Se sigue una línea recta, como ese perro que corría tras un coche, un coche invisible, demasiado rápido para él, y que nadie puede señalar con el dedo porque nadie, claro, vio nada cuando sacaron al perro. La gente grita para llamarte, para salvarte, para mimarte en lugar de aquellos que te han echado, pero uno se contenta con seguir el rastro, siempre el rastro, que cada vez es más difícil de seguir, pero no importa, es ya un automatismo, ya hemos fijado el rumbo y continuamos. Esta especie de obsesión es más sencilla que cualquier estado de ánimo en el mundo, no hace falta pensar, es como un camionero en la autopista de París a Bruselas, uno va derecho, todo recto, y al final hay una montaña de carne muerta que ya ni siquiera sangra, es solo roja, rosa, blanca y fría, muy fría, por eso uno se hace vegetariano sin dudarlo, sin cambiar nunca de opinión. Por una parte, es fácil, ya no se vuelve atrás, ya no se ven los ojos de los animales que van a morir, se quita uno la responsabilidad de encima, se está limpio, ligero, y a los periódicos eso les gusta, un camionero ligero y limpio, que es vegetariano y que no para de escribir sobre animales abandonados y sobre niños a los que hay que educar para que estas cosas no vuelvan a pasar nunca más.

A veces trabajo con frutas y verduras. Siempre París-Bruselas, y a veces Holanda. La primera vez que

pasé tomates cereza, me pararon en la frontera holandesa. Nunca habían visto algo así, no tenían nada parecido en su catálogo, estaban perdidos. No sabían si había que registrarlos como frutas o como verduras, como tomates o como cerezas. Me hizo gracia ver a los aduaneros perdidos, sin saber qué hacer, haciendo esperar a todo el mundo por una cosa nueva, que solo existía en el mercado de Rungis y no en el norte. A los periódicos les pasa algo parecido, no saben muy bien dónde colocarme, soy como una fruta-hortaliza, un híbrido, pero es conmovedor ver a un camionero en la sección «Corazón» de una revista, es viril y frágil, eso es lo que dijo la periodista de *Tendresse* cuando expliqué los problemas con mi mujer, a la que quería tanto, que tenía el pelo rubio y una boca muy roja. Un camionero fiel resulta gracioso, eso es lo que debió de pensar, y por eso quizá me llamó después de haberme contestado en el correo sentimental. Me dijo que le gustaría hacerme una entrevista sobre el asunto, y que, si tenía algo bueno que contarle, no debía poner reparos. Dije que sí, pero no en mi casa, porque mi mujer es fácilmente impresionable, no le gustaría que una encantadora periodista como usted viniera a interrogarme sobre mi vida privada —porque, en realidad, mi vida privada es el camión—. Y otra cosa, la historia puede aparecer en el correo de los lectores, claro que sí, pero a condición de mantener mi anonimato, que no aparezca mi nombre, simplemente un título adecuado,

«Historia de un camionero», por ejemplo, o, como para la historia del perro, «Curro de padre», eso atraerá a los buenos padres, porque no sé si los otros, los que abandonan, leerán ese tipo de cosas.

La periodista propuso que mejor nos viéramos en un bar. «Un sitio donde suele ir», me dijo. Supongo que querría encontrar un poco de inspiración, atrapar el color local de una vida de camionero, para reproducirla con toda su crudeza en la revista. Entonces le propuse el restaurante de la autopista, sin saber que aquel sería el día del perro, un gran día, decididamente. Al fin y al cabo, quizá por culpa de la periodista me entraron ganas de llorar después, delante de la gente que se paraba por el perro.

Yo fui puntual, ella llegó con un poco de retraso —normal, es una mujer—. Una mujer muy guapa, además, joven, treinta años, quizá menos, no sé, ya no tengo por costumbre intentar adivinar la edad de las mujeres, y además Germaine, cuando vivía conmigo, parecía mayor de lo que era, por el tabaco y el pelo teñido de rubio pálido con las raíces negras, a veces rojo, depende, pero ella, mi periodista, respiraba bien, como una persona muy cuidadosa con su alimentación que apenas fumaba, en todo caso conmigo. La iba mirando discretamente, vi su pelo corto, negro teñido, pero no por cuatro perras, su maquillaje discreto, sus vaqueros y su chaqueta de sastre, una chaqueta demasiado elegante para los vaqueros, y una camiseta debajo,

con el borde de encaje. Le vi los ojos, también negros, ojos de animal, no de vaca ni de cordero, sino más vivos pero dulces al mismo tiempo. De golpe tuve la impresión de ser observado, y entonces, como siempre en estos casos, me vi tal como soy. Es lo mismo con la mirada de las personas y de los animales, hay un modo de mirar que hace que me vea a mí mismo. Y eso me excita y a la vez me da miedo. Porque soy más bien delgado para ser camionero, en todo caso comparado con el modelo habitual. No me da vergüenza, pero a veces hay gente que pasa vergüenza en mi lugar: Germaine, por ejemplo, que nunca me miraba. Solo miraba a su caniche, y ese no podía llamarse perro, igual que hay algunos hombres y mujeres que no pueden llamarse humanos, o al menos no deberían. Fripon era de todo menos un perro: un falso, un gigoló que fundía el sueldo entero de Germaine en croquetas y mantitas para el invierno, visitas al veterinario y correas con cascabeles, un saco de pulgas que esparcía sus bichitos por la moqueta y se rascaba en nuestra cama, toda la noche; de modo que solía haber un frote seco que acompañaba mis sueños de camiones en la carretera, y cuando salía del vehículo, soñoliento, con las piernas de plomo, intentaba encontrar la causa del frote y no podía, claro, porque Fripon no estaba en mi sueño, sino encima de la manta.

No hablé de Germaine con la periodista, porque Germaine se marchó llevándose a Fripon y nuestros

ahorros. Hablé de mi mujer y mis hijos, pero, como me hacía falta un punto de partida —porque crear mujer e hijos ante la mirada animal de una bella periodista no es lo mismo que hacerlo ante un folio para una revista—, me subí la pierna del pantalón y le enseñé la pantorrilla llena de manchas rojas.

—La prueba de que en casa nos gustan mucho los animales —dije. La periodista me miró sorprendida, con las pestañas en forma de estrella, y entonces añadí sencillamente—: Picaduras de pulgas. Nuestra casa es el paraíso de los gatos. —Dije «gatos» porque, realmente, no tenía ninguna necesidad de acercarme a Fripon con la historia de las pulgas, había que evitar cualquier desliz, por eso creé el gato de mi mujer, dulce como mi mujer, y los gatos de mis hijos, uno para cada uno. Empecé por describir a los gatos uno a uno, quería un poco más de tiempo para imaginar a mis hijos. Le dije que todos eran gatos perdidos que habían llegado a casa por casualidad, y se mostraban enormemente agradecidos de que los dejáramos dormir en las camas para olvidar un poco sus vidas de penurias. De ahí las pulgas. No dije que las pulgas eran el único recuerdo que Germaine me había dejado, y que en casa no puedo sentarme para comer o ver la televisión sin notar cómo empiezan a picarme las piernas.

Ese perro de la autopista seguro que no dormía en una cama. No se abandona a un perro que duerme

en una cama. Debía de dormir fuera, en el felpudo, o en la caseta. A lo mejor tenía un patio cerrado, desde donde ladraba a los paseantes, quizá solo servía para eso, para ladrar a los paseantes, emponzoñar su mundo bajo pretexto de proteger a los habitantes de una casa. No lo sé. Intento imaginar la historia de ese perro antes de que lo soltaran en la autopista y no lo consigo. Es más difícil que inventarse una vida. Ese perro es alguien, alguien que no he conocido y que, sin embargo, tiene una vida de verdad, no una vida imaginaria, y por eso no consigo encontrar lo que pudo haber vivido, justo antes de que lo abandonaran.

«El señor Grassmayr y su hijo, durante un paseo en calesa a la antigua usanza por los campos de nieve...». Fue en la revista *Art de vivre*, en el dentista. Había una página dedicada a Austria, a cómo vive la gente la Navidad, beben vino caliente, comen buñuelos, venden paseos en calesa o productos de los mercados navideños a los turistas. El señor Grassmayr salía en la foto de la esquina inferior derecha de la página, un hombre de anchos hombros, con las mejillas muy rojas y un bigote perfectamente negro que le llegaba hasta las patillas y enmarcaba los dientes blancos. El señor Grassmayr sonreía, con un sombrero de fieltro en la cabeza, un abrigo gris con solapas de color abeto y botones de cobre; y a su lado, un chico —con las mejillas muy rojas también, el mismo abrigo gris con adornos verdes y el mismo sombrero de fieltro, que sobre la

cabeza parecía muy grande— tocaba el acordeón. Tenía la boca abierta, cantaba. Me pregunto por qué no puedo ser el señor Grassmayr y, como decía el pie de foto, «conducir con maestría cuatro caballos mientras su hijo toca el acordeón». Me acuerdo de esa palabra, *maestría*. Creo que se aplica a las acciones de aquellos a quienes no han abandonado, y que han tenido, por ejemplo, un padre sentado junto a ellos, un bello látigo en las manos mientras el aliento de los caballos se eleva por el aire puro del Tirol. Si hubiera aprendido a tocar el acordeón con mi padre, o si, sencillamente, hubiera podido cantar a su lado sabiendo que mis canciones atraían a los clientes, me parece que no habría necesitado escribir a los periódicos inventándome una familia. Cuando voy con el camión por la autopista, muchas veces me acuerdo del señor Grassmayr y de su hijo. Nunca pienso en mi padre, nunca pensaré en él, ese pensamiento no me serviría de nada.

—¿Señorita? —pregunté—, ¿o señora? —Mi periodista sonrió y dijo: «Señorita», y en ese momento estuve a punto de soltar algo del tipo: «Señorita, yo sería su guardaespaldas...». Luego la vi tan guapa, y yo a su lado, más bien delgado para un camionero, y no dije nada, pensé: «Señorita, yo sería el bastón de su vejez». Y lo creía de verdad. Pensé que sería el único sobre la tierra que podría observar sin temor las arruguitas, las primeras ojeras; el único en disfrutar viendo cómo los cabellos se le llenaban de hilos de

plata, dicen, porque *encanecer* suena muy mal como verbo, igual que *grisear*. Podría ser un nombre para las canas, *las grisonas*, como *los grisones* suizos y la cadena montañosa, y todas las mujeres con cabellos grises se convertirían en lo que son: bellísimos obstáculos naturales. Pero decir que una mujer encanece suena ridículo. Así que empecé a pensar en los hilos de plata y me quedé callado. Y ella, sin impacientarse—: ¿Quería decirme algo? Iba a hablarme sobre su oficio... —Había traído su bolígrafo y su cuaderno. Yo dije: —Señorita, tengo un oficio solitario. —Luego me callé. Me parecía que ya lo había dicho todo. En ese preciso instante, supongo, el dueño del perro debía de estar montándolo en el coche para soltarlo en el *parking* de la autopista. El dueño del perro había puesto los esquíes en el techo, las maletas en el maletero, llevaba en la guantera la dirección de la chica que tenía que pasar a buscar, una casi desconocida que había visto en algún bar, a la que había decidido invitar a esquiar porque tenía unas buenas tetas o un culo redondeado, tipo Germaine pero con un buen tinte, rubio uniforme, y ropa de verdad, no pingajos. Estaría metiendo al perro en el coche, en el sitio donde la chica iba a instalar su culo gordo, con una manta que tiraría después de haber tirado al animal. Y el perro lo sabía, todos lo saben, los perros lo mismo que las vacas o los caballos, el perro temblaba y miraba a su dueño y gemía bajito.

—Solitario... —dijo ella con el bolígrafo en el aire—. ¿Quiere decir que no habla con nadie? ¿Que está solo en su... cabina? ¿Es eso? —Dije que sí, y que podía, puesto que estaba solo, pensar en un montón de cosas, por ejemplo, en los Grisones. Me miró con un aire deliciosamente intrigado. —Las montañas... —añadí—. ¿Quiere decir que la monotonía de la autopista y la soledad de su oficio le hacen soñar con montañas? —Dije que sí, exacto, y le hablé del señor Grassmayr y de su hijo, que tocaba el acordeón, mientras miraba el cabello negro azabache de la periodista sin encontrar ni un solo hilo de plata.

Es verdad, siempre tengo imágenes en la cabeza cuando llevo mucho tiempo conduciendo y, una vez en la autopista, ya no veo el paisaje. Lo más curioso es que en el momento en que creí ver al perro vi también, en un instante, los detalles de todo lo que me rodeaba, como recién salido de casa por la mañana, fresco como una rosa. Sin embargo, recuerdo que debían de ser las cinco de una tarde de marzo, con una especie de luz lechosa que nunca he podido entender, cuando el buen tiempo primaveral se extiende por todo el paisaje tras un día repleto de chaparrones. Parece como si el cielo mirara a la tierra a través de una nube de polen, pero es muy pronto para los pólenes, y el aire está limpio, simplemente está ese blanco dulce, transparente, que no se encuentra en ningún otro momento del año. A veces imagino que es la leche de los nuevos brotes,

aún cerrados, lo que produce esa luz, como si de algún modo la naturaleza resplandeciera ya antes de abrirse. Quizá haya otra explicación, por ejemplo, el espino blanco que florece en la faja del terreno que han dejado en el medio de la autopista, pero me extrañaría que esos matorrales dispersos fueran la única razón de esa luz que no viene de ninguna parte. Recuerdo que la circulación era densa al tiempo que fluida, circulábamos a ciento veinte, si el perro hubiera cruzado o lo que fuera, el choque en cadena habría sido brutal, y a esa velocidad seguramente habría habido varios muertos. Sin embargo, parece que sí, cruzó la calzada a lo ancho, alguien lo dijo, el tarado del ciclista. No tuve tiempo de preguntarle qué hacía con la bici en la autopista, además se había caído, estaba sentado en el arcén con la rodilla llena de sangre y repetía: —¡Ha cruzado, ha cruzado! —En ese momento yo miraba para otro lado, supongo; en todo caso, si el perro realmente cambió de lado tuvo que ser enormemente rápido y astuto, fue un milagro que no hubiera un accidente—.

Así que esa tarde lo veía todo. Quizá porque acababa de dejar a la periodista y ya no necesitaba inventarme imágenes o escuchar Radio Rachel, como hago siempre que tengo ganas de no pensar en nada y evadirme por poco dinero. Ponen canciones antiguas muy bonitas, y hablan de esas fiestas suyas con nombres tan raros: Purim, Pésaj, Sabbat... Entrevistan a jóvenes que van a la escuela judía, una escuela que tiene el

mismo programa que las otras, con los mismos títulos, pero debe de haber algo distinto, porque esos jóvenes no tienen miedo de hablar de su religión, y además con firmeza, y con una especie de alegría, qué diferencia de las tonterías de los otros programas, los que escuchaba Germaine en casa por las mañanas, con el horóscopo y los consejos de belleza, la publicidad y las encuestas sobre política a la gente de la calle que se entera igual que yo, y que no ve más allá de su jardín, si es que tiene, o, en su defecto, más allá de la punta de su zapato. Mientras que las voces de Radio Rachel están a otra altura, son como una luz de leche sobre las ondas, una luz de brotes. Si tuviera hijos, me gustaría que fueran judíos, solo por la inteligencia, aunque a veces esa gente dice cosas extrañas, como el rabino que dijo el otro día: «El antisemitismo no es un problema nuestro, sino de los demás». Es como si yo dijera que las pulgas de la moqueta no son problema mío, sino de Germaine. Y mientras tanto, me pican todos los días.

Escribí al *Journal des Familles* sobre el perro, la suerte que corren los animales en nuestra sociedad es un tema importante; me responderán, seguro. Cuando se publique la carta enviaré una copia a la periodista del cabello negro. Para entonces ya habrá hablado de mí en *Tendresse*. Creo que nunca me olvidará, igual que yo no olvidaré a ese perro abandonado que corría bajo la luz de los brotes. Me he convertido en una visión para ella, y ella, en una visión para mí, de eso no

jau duda, pero tendría que haber durado un poco más que la fiesta del Purim o la leche de la recién llegada primavera. Tendría que beber de esa luz todos los días, en el camión, en lugar de la sangre de los mataderos.